

CORO.

Cogiste la palma, venciste al infierno,
Levante sus puertas el pórtico eterno,
Corone de gloria tu triunfo el Señor.

UNA VOZ.

Como plata en escoria
Probada siete veces,
Pasaste por el fuego;
Cual astro resplandeces.

CORO.

Cogiste la palma, venciste al infierno,
Levante sus puertas el pórtico eterno,
Corone de gloria tu triunfo el Señor.

XXXVIII.

Este cántico el cielo repetía,
Y un nuevo objeto de placer lo llena.
Sabiedo Eudoro que su madre expía
Lijera falta con terrible pena,
(A sus hijos amára en demasia,
De sus yerros labrando la cadena)
Su martirio por ella al cielo ofrece,
Y dar fin á sus penas la merece.

XXXIX.

Los Profetas que el libro de la vida
Leen ante el Eterno, el alma santa
Pronuncian cuya pena es concluida.
A este instante María se levanta
De su trono, y de gloria revestida
Al sólio del Cordero se adelanta
De veinticuatro ancianos rodeado;
Acatando á Emanuel, así le ha hablado:

XI.

“Hijo! si mortal débil en el suelo
“De tu esencia inmortal fuí portadora;
“Si confiar dignaste á mi desvelo
“Tu humanidad paciente, escúchame ahora.
“De la madre del Mártir en el cielo
“La libertad se aclama: ¡llegó la hora
“Que la paz del Señor gocen los Santos?
“Hija de hombres, ofrézcode sus plantas.

XLI.

“Veo á un tigre cebarse en palpitante
“Miembro del Confesor: qué ¡la vertida
“Sangre en hierros, ecúleos, no es bastante
“Para darle la palma merecida?
“¿Debe apurar el cáliz amargante?
“¿Y la voz de una madre tan querida
“¿No ablandará el rigor de tu destino?
“Así la madre habló de amor divino.

XLII.

El Hijo con dulzura la respondo:
"Madre mia! de qué amor esté lleno
"Por la estirpe de Adan, no te se esconde;
"Pues solo por salvarla entré en tu seno.
"Mas cumplir de mi Padre corresponde
"Los destinos: si en breve espacio al bueno
"Deja sufrir tormento y pugna fiera
"Una gloria sin límites le espera.

XLIII.

"Los momentos se acercan, Madre mia;
"Y la gracia su efecto ha principiado:
"Al sitio en que su falta el justo expia,
"Vos misma descended, y á vuestro lado
"Acienda á la mansion de la alegría
"La alma que los Profetas han nombrado.
"La honra que al Confesor para mi Padre;
"Principie por la gloria de su madre."

XLIV.

Dijo: y dulce sonrisa acompañara
Las palabras del Verbo. Reverente
El anciano en su trono se inclinara;
Con su ala el querubin vela su frente;
Por escuchar su voz el giro para
La alta esfera, y de luz rayo fulgente
Del Cáoos penetró en lo mas profundo,
Cual si fuera á criarse nuevo mundo.

XLV.

Por camino de estrellas esmaltado,
Entre aromas celestes, frescas flores,
Que el ángel á su paso ha derramado,
María va al lugar de los dolores.
El coro de las Vírgenes sagrado,
La precede: cantando sus loores;
Detrás van las mas ínclitas matronas
Con símbolos gloriosos y coronas.

XLVI.

Vése á aquella en cuyo útero brincara
El hijo, la que á Cristo ungió piadosa;
Salome que á la cruz le acompañara;
La ilustre Macabea que animosa
El martirio en siete hijos soportara;
Su rival en esfuerzo Sinforosa;
Débora, Ester, Noëmi, Raquel, Lia,
Forman el gran cortejo de María.

XLVII.

En el centro del globo, confinante
Con la eterna mansion del condenado,
Se extiende la region, triste, humeante,
Donde espian los justos su pecado.
Sepáralos tan solo del hianite
Orco un rio de lágrimas formado,
Donde temieran verse sumergidos
Sin ser por la esperanza sostenidos.

XLVIII.

Allí paga hasta el último denario
Todo aquel que llevó deudas del suelo;
El Pontífice justo que al sagrario
Se acercára tal vez con menos celo;
El humilde, mas duro solitario;
La vírgen que ocultára bajo el velo
Lijera sensacion de vanagloria,
O no perdió del mundo la memoria.

XLIX.

El juez que administrando la justicia
Litigante infeliz miró á la cara,
O dones recibió sin que avaricia
La rectitud forciese de su vara;
El rico limosnero, mas que vicia
Sus obras porque en ellas no repára
Al verdadero pobre, ó su siniestra
Publica las que hace con la diestra.

L.

El padre de familias que en su tierno
Amor hácia su esposa, aunque imprudente,
De la casa la dá todo el gobierno;
La madre con sus hijos indulgente;
El jóven ó doncella que al paterno
Aviso justo en su afeccion no asiente:
Toda culpa por fin expía el alma
Antes que á recibir suba la palma.

LI.

La Reina de los ángeles descende
A esta region oscura, y un momento
La actividad del fuego se suspende;
Cesa todo dolor, todo lamento.
De luz pura una ráfaga trasciende
Hasta el lóbrego abismo sulfuriento,
Y el abismo á la boca se abalanza
Creyendo ser un rayo de esperanza.

LII.

Con su angélica pompa se encamina
La Vírgen por el antro dilatado,
Y á su paso el Espíritu se inclina
De acrisolar las almas encargado.
Ministro de la cólera divina,
A compasion mas bien que á ira dado,
En medio del dolor la alma sostiene,
Y con dulce esperanza la entretiene.

LIII.

Las matronas que siguen á María,
Ven con admiracion cual se arrebola
Por momentos el alma que gemia
Con las otras, se viste de alba estola,
Y rota la prision en que yacia,
Y cubierta de fúlgida aureola,
Se vuela á la region donde el concierto
Escucha ya del cielo que ve abierto.

LIV.

Estas las almas son á cuyos males
El pariente ó amigo obtuvo gracia
Sobre la tierra. ¡O fueros celestiales
De la fé, la amistad y la desgracia!
Cuanto es mas pobre y triste entre mortales,
Despreciado é infeliz, mas eficacia
El ruego tien e que al Señor eleva
Para abreviar los pasos de la prueba.

LV.

De Séfo ra entre aquellas brilla el alma:
Preséntala á María Sinforosa,
Y agitando las Vírgenes su palma
La comitiva real sube gloriosa
Al cielo, remontándose con calma.
La luna, el sol, la esfera luminosa,
Las Virtudes y célicos Poderes
Cantan la mas feliz de las mugeres.

CORO.

Abrid vuestras puertas, palacios eternos,
La Reina del cielo triunfante se avanza;
Cantad su alabanza, load su pudor.

UNA VOZ.

Salve, María, celestial tesoro,
De esposas y de vírgenes consuelo!
Ardiente querubin, con tu ala de oro,

De azulada vislumbre,
La Madre de Di os lleva en rauda vuelo.
¡Que dulce manse dumbre
En su mirar modesto! ¡Qué ternura
En la blanda sonrisa! Su semblante,
Por templar el ardor de eternal gozo,
Conserva la figura
Que en la tierra grabó dolor punzante.
Los collados eternos de alborozo
Brincan, como el ariete,
Del éter que traspasa,
O seurece su luz el fulgor claro.
Salve, Reina; salud, la mas felicee;
Sosten del infelice,
Del pecador refugio y firme amparo.

CORO.

Abrid vuestras puertas, palacios eternos,
La Reina del cielo triunfante se avanza;
Cantad su alabanza, load su pudor.

LVI.

De este modo la pompa de María
Va los atrios celestes penetrando,
Y á sus voces responde la armonía
De mil arpas que estaban aguardando.
Bien pronto se difunde la alegría
Por el espacio inmenso, resonando
La alabanza, los himnos, las canciones,
Que repiten de espíritus millones.

LVII.

Mas, ó Señor! ¡cuán grande en vuestra esencia,
Y cuán incomprensible en vuestro juicio!
Vos unís la justicia á la clemencia.
Al tiempo que la palma dais propicio,
Y que el cielo os aplaude á competencia,
Veo al arcángel fuerte cuyo oficio
Es castigar al impío blasfemante,
Desenvainar la espada fulgurante.

LVIII.

Con la otra mano un cáliz de oro llena
En vuestra ira: el ruido de sus alas
Es como tempestad que lejos truená.
O Señor! ¡cuáles víctimas señalas
A su furor? ¡Tu pueblo por la arena
Persigue Faraon, y en él exhalas
Tus iras dardo ignífero lanzando,
Y sus carros y gentes abismando?

LIX

¿Senaquerib de nuevo á Israel oprime?
¿El ángel que sondea el vasto abismo
Del arcano, con signo ignoto imprime
El fin del sacrilegio y despotismo? (7)
¿O bien vuestro ministro la hoz esgrime
Que vendimia y que siega al tiempo mismo,
Como vió aquel sagrado Evangelista
Cuando el destino abristeis á su vista?

LX.

Dos víctimas al ángel señalára
Con su dedo el Señor: luego en brillante
Relámpago del cielo se dispara
Como en estiva noche estrella errante;
Y envuelta en nube oscura su luz clara,
Penetra en el palacio en el instante
Que Galerio celebra en su banquete
La gloria y esplendor que se promete.

LXI.

Al momento las luces se amortecen;
De mil carros se escucha el ronco estruendo;
Los convivas se asustan y estremecen
Involuntarias lágrimas vertiendo;
De Romanos antiguos se aparecen
Las sombras en las salas: con horrendo
Estupor, en confuso, ve el tirano
Que de su imperio el fin no está lejano.

LXII.

El ángel se le acerca, y una gota
En su vaso del vino de ira vierte.
Impulsado Galerio por ignota
Fuerza, gusta del cáliz á la suerte
Brindando del imperio; luego nota
Repentino dolor y cae inerte
A los piés del esclavo: en un instante
Acostó Dios por tierra este gigante.

LXIII.

Déjalo el ángel al primer efecto
Del veneno eternal, y á la morada
Vuela donde gemía el vil Prefecto.
Sus lomos atraviesa con la espada.
Al instante corroe humor infecto
Sus venas y su piel es inflamada
Con lepra tan hedionda y corrosiva
Que le cae á pedazos carne viva.

LXIV.

Su vestido á la piel se le rodea
Como lienzo fatal de Deyanira,
O la túnica ardiente de Medea.
Mas el ángel de muerte se retira
A un signo del Eterno que desea
Corregir al malvado, de su ira
Haciéndole sentir solo un amago
Porque se salve aun de eterno estrago.

LXV.

Pero el Ministro impío cuyo pecho
Se cerró á la esperanza consolante,
Se agita y se debate con despecho,
Contra Dios y su Cristo blasfemante.
Sus siervos con furor llama, del lecho
Se arroja, y furibundo, y delirante,
Embozado en el manto va en su coche
A hablar á Festo en medio de la noche.

LXVI.

“Festo, dice, no expongas á la fiera
“Esa jóven cristiana que yo adoro:
“Entrégala á mi amor; la ley tolera
“Que allupanar... ya entiendes...” Dice, y de oro
Arrojando una bolsa, luego huyera
Dando un mugido horrible, como toro
Enfermo que se arrastra moribundo
En hondo lodazal de cieno inmundo.

LXVII.

A este tiempo á el cristiano se apagará
Toda luz de esperanza: el enviado
Que Eudoro á Diocleciano despachára,
Volviera de Salona, y disfrazado
Entró en el calabozo, donde hallára
A Eudoro de Pontifices rodeado
Que curaban sus llagas con respeto:
Todos tenían ya el fatal decreto.

LXVIII.

El hijo de Lastenes reposaba
En sus mantos por tierra: así un guerrero
Se acuesta en las banderas que acaba
De ganar, al sentir mortal acero.
El enviado, atónito, callaba,
“Hablad, hermano: (Eudoro placentero)
“Felicitadme al verme consolado
“Por manos que al Altísimo han tocado.”